

## Reflexiones sobre la cultura en un decenio de vida española

Un decenio es una unidad bastante artificial, y rara vez tiene una significación histórica profunda; es improbable que sea de interés para algo, como la cultura, que se gesta en el fondo de la vida individual dentro de una configuración social determinada. En este caso, sin embargo, el periodo que va de 1975 a 1985 -quitándole una exactitud que sería impropia de lo humano- tiene una doble significación, que justifica preguntarse por su sentido. En primer lugar, en 1976 se inicia una fase generacional: las generaciones inmediatamente anteriores cambian de puesto; así lo anuncié y expliqué dos años antes. Por otra parte, a fines de 1975 se produce un decisivo cambio político, el final de una larga dictadura y el comienzo de la Monarquía, liberal desde los primeros días, democrática desde mediados de 1977; y esto lleva consigo variaciones considerables de la sociedad española.

En 1974, consideraba que las generaciones eran las siguientes: «superviviente» o de 1886 (nacidos entre 1879 y 1893); «augusta» o de 1901 (1894-1908); «cesárea» o de 1916 (1909-1923); «ascendente» o de 1931 (1924-1938); «juvenil» o de 1946 (1939-1953). Pues bien, desde 1976 ese esquema se alteraría; la generación «superviviente» desaparecería del horizonte; las demás irían ascendiendo un puesto; aparecería, finalmente una nueva generación «juvenil»: la de 1961 (1954-1968)\*

Esta profecía a corto plazo se ha cumplido con rigor, y ya esto ha tenido consecuencias sensibles en el campo de la cultura, de su creación y transmisión, de su vigencia y prestigio.

Añádase a esto el cambio político; aparte de su sentido estricto, del que hablaré en seguida, ha tenido también un matiz *juvenilista*, con una tendencia a desplazar del poder político (y en la medida de lo posible, social) a las generaciones más viejas, en beneficio de las muy jóvenes.

\*Véase *La España real* (1916) y *Literatura y generaciones* (1975). Los artículos que tratan de esta cuestión son todos de 1974.

Esto tuvo alguna justificación: los jóvenes que se encargaron de los asuntos públicos realizaron una *simplificación* que en principio fue sana y permitió plantear y en cierta medida resolver cuestiones que, en toda su complejidad, hubieran necesitado, larga reflexión, dudas, tener en cuenta muchos factores, lo cual hubiera inevitablemente retrasado algunas medidas que eran urgentes para echar a andar. La primera vez que dije esto, hace ya cinco o seis años, añadí que esta ventaja era provisional, y que era menester en breve plazo plantear los problemas con toda la complejidad que tienen, y recurrir a todas las posibilidades del país, de todas las generaciones disponibles. Esto no se ha hecho, más bien se ha acentuado el juvenilismo más allá de los límites y de las fechas en que pudo estar justificado.

Esta tendencia ha llegado hasta la legislación. La jubilación anticipada, en profesiones en que la madurez no es obstáculo, sino todo lo contrario, y precisamente en una época en que no sólo ha aumentado la longevidad, sino la madurez pujante y creadora, significa la pérdida de una gran porción de los más valiosos, una verdadera «descapitalización», que en el ámbito de la cultura -por ejemplo, de la docencia- va a resultar devastadora. Porque, además, va a provocar una ruptura, una tendencia a la discontinuidad, que es una amenaza permanente en nuestro país.

El rasgo positivo más importante en la cultura española del último decenio ha sido el enorme incremento de la *libertad*. En dos años, 1976 y 1977, España se convirtió en un país de libertad ilimitada en lo político. Y esto llevó a la desaparición de la censura, a la posibilidad de escribir y publicar sin restricciones, a la libertad de cátedra, a la facultad de establecer editoriales, periódicos y revistas, centros de investigación y enseñanza, etc., sin intervención del poder del Estado. Es decir, España recuperó la situación normal en un país occidental en nuestro tiempo -y hago esta precisión porque la libertad no ha sido «normal» en la mayor parte de la historia, ni lo es hoy fuera de los países de Occidente que se mantienen fieles a su condición-. Esta libertad, por sí sola, no engendra obras de valor, pero permite el libre ejercicio de las capacidades creadoras de los individuos, y con ello hace más *probable* que esas obras lleguen a producirse. Por consiguiente, el establecimiento de la libertad política tiene inmenso valor, pero desde el punto de vista estricto de la cultura afecta solamente a su *posibilidad*, sin asegurarla automáticamente.

En cierto modo, el restablecimiento de la libertad política puede ser causa directa de una disminución de la actividad cultural. Hace unos años mostré cómo la producción intelectual en los años de la República, aun siendo copiosa y de gran calidad, había sido ligeramente inferior a la del quinquenio inmediatamente anterior. La razón es que la atención se concentró sobre la política en una medida mucho mayor, y eso redujo momentáneamente la dedicación a lo estrictamente cultural. Lo que mejoró enormemente en los años 1931-36 fue el nivel de las *instituciones* educativas y culturales, lo cual hubiera asegurado, si España hubiese seguido su vida normal, un incremento de la producción cultural en un plazo breve.

De hecho, esa politización se ha producido también en el último decenio, y ha tenido la misma consecuencia; lo que no puede decirse es que las instituciones referentes a la cultura hayan mejorado sustancialmente, y podrían apreciarse en muchos casos retrocesos, sobre todo en la organización universitaria y en los planes de estudio de la enseñanza media, de la que se intenta eliminar o reducir extremadamente todo lo referente a las humanidades en sentido nato. La introducción de las llamadas «áreas de conocimiento» en las Universidades es un paso más, y probablemente muy eficaz, en el deterioro de éstas, iniciado con las depuraciones de 1939, continuado en diversas etapas.

Ha habido incremento de actividad, muy positiva, en algunas instituciones privadas, especialmente fundaciones dedicadas a la investigación o a la difusión de la cultura, y en alguna oficial, por ejemplo el Instituto de España, pero en conjunto podría decirse que la politización ha disminuido mucho las posibilidades abiertas por la libertad, y es urgente que la primera ceda el paso al pleno ejercicio de la segunda.

Un aspecto de la vida cultural, íntimamente relacionado con la transformación política de estos años, es el que afecta a la estructura autonómica de España. Con ella se ha intentado devolver su personalidad íntegra a las diversas porciones que integran la nación, permitir y fomentar el cultivo de las lenguas regionales, enriquecer el conjunto con las aportaciones de todas las modalidades culturales españolas. Es evidente el valor que ello tiene; las restricciones de la época anterior no habían impedido el desarrollo de esas formas culturales -el número de libros publicados en catalán, por ejemplo, fue muy alto-, pero sin duda lo habían limitado y entorpecido, en forma decreciente, pero sensible hasta el final. Esta apertura, excelente en sí misma, no ha dejado de ir acompañada de inconvenientes. En primer lugar, la tendencia a que algunas regiones se incluyan en sí mismas, con riesgo de provincialismo, y resulten obsesadas con sus cuestiones o intereses particulares, lo cual produce inevitablemente una retracción que anula en gran parte los ejercicios de la libertad. Y esto lleva a una extraña renuncia al patrimonio común, no ya español, sino hispánico, lo cual es un increíble empobrecimiento. Esta tendencia se revela en la fórmula estatutaria de que la lengua «propia» de tal comunidad autónoma es la lengua *particular* de ella, como si no fuese igualmente «propia» la lengua común y general, el español, que es la que permite a todas las porciones de España comunicarse entre sí y con el conjunto del mundo hispánico, y la que abre un amplísimo horizonte cultural, milenario, el que corresponde a una lengua universal, que consideran propia todos los países hispanoamericanos y de la que se intenta despojar a muchos españoles.

Estas consideraciones se refieren a lo que más directamente depende de la transformación política de España en el decenio que aquí nos interesa. Pero, por supuesto, la cultura española, que no se interrumpió sino muy transitoriamente con la guerra civil y sus inmediatas consecuencias, ha continuado su pujante desarrollo, con mayor holgura, con posibilidades superiores -aunque, como hemos visto, no siempre utilizadas-, en los últimos diez años.

Desde el punto de vista más propiamente cultural, mi reparo más grave a este periodo es que se *habla* enormemente de cultura -palabra que se usa constantemente-, y a veces se descuida *crearla*. Hay la tendencia a llamar «cultura» a cualquier cosa, a las actividades o simplemente los deseos de algunos grupos cuya realidad es muy poco más que la difusión que alcanzan en algunos medios de comunicación. En cambio, es sorprendente el silencio que envuelve muchas creaciones originales y de gran valor, que apenas merecen un comentario, en ocasiones ni una mención, de manera que el público no se entera fácilmente de que existen. Los medios de comunicación, en muchos casos, no consideran deber suyo *informar*, y se limitan a lo que el partidismo (político o amistoso) favorece. Esto desfigura ante los españoles el panorama de su verdadera realidad cultural.

La visión que de ella tienen suele ser injustamente pesimista: se les proponen como *únicas* obras que no inspiran demasiado entusiasmo, no suelen conocer otras que podrían interesar más vivamente; las listas de «best-sellers» que suelen publicarse se basan por lo general en informes de unas cuantas librerías, que tienen muy poco que ver con las ventas reales, que se reflejarían mejor en las ediciones impresas, y así resultan desorientadoras. Se ha generalizado la idea de que «en España no se lee», y casi todos la aceptan dogmáticamente, lo cual engendra depresión nacional. Si se dice que no se lee lo suficiente, nadie lo duda, y menos que nadie un escritor; pero es evidente que se lee mucho más que antes; y si se piensa en libros de *pensamiento* (quiero decir de lo que merece llamarse pensamiento, no a lo que aparece bajo esa rúbrica en las listas mencionadas), se lee proporcionalmente bastante más que en la mayoría de los países europeos, lo cual es un rasgo original en España (y de los países hispánicos) desde hace cosa de sesenta años, ciertamente intensificado en el último decenio. Las ventas de muchos libros filosóficos, psicológicos, sociológicos, históricos, sorprendería en países que por lo demás poseen recursos incomparablemente mayores que el nuestro.

Sería iluminadora una comparación entre las obras sobre las que han recaído principalmente los comentarios en este decenio y aquellas que siguen vivas al término de él. Un fenómeno de nuestro tiempo, no exclusivo de España, más acentuado en otros países, y sobre todo en Francia, es que se «lanzan» autores y obras con gran eficacia, presentados como algo sumamente valioso, y al cabo de poquísimos años se han olvidado enteramente, mientras permanecen en pleno vigor otros que nunca han disfrutado de semejante difusión momentánea.

Uno de los caracteres más interesantes de España es la larga vitalidad de lo más creador de su cultura. Los autores de la generación del 98, cuyos centenarios se celebraron hace ya bastantes años, siguen vivos, no pertenecen a un «panteón» de hombres ilustres del pasado, sino que son leídos, discutidos, combatidos como plenamente actuales. Añádase a esto la frecuente longevidad de los autores o artistas españoles, y el hecho de que *no se retiran* -oficialmente sí, y ahora más temprano-, y continúan su labor creadora hasta una edad muy avanzada. Todo el mundo piensa en los nombres de Picasso, Joan Miró, Casáis,

Segovia, Menéndez Pidal, Gómez Moreno, Madariaga, Azorín y algunos más; pero si se hacen las cuentas de las aportaciones verdaderamente valiosas e innovadoras a la cultura española en el decenio que ahora termina, se encontrará, acaso con sorpresa, que un número muy alto de ellas procede de autores que rebasaban los sesenta años, y acaso los setenta, cuando este periodo comenzó; y lo más curioso es que la mayoría de ellos siguen en activo y prometen otra rica cosecha para el decenio próximo.

¿Y los jóvenes? -se preguntará-. Cuestión del máximo interés, y que reclama una respuesta matizada. A los jóvenes les han sucedido muchas cosas desde hace medio siglo. Intentaré recordar algunas, muy concisamente. Han sido, con gran frecuencia, *adulados* por sus mayores, que no se han cuidado en muchas ocasiones de *estimularlos* y *exigirles* a la vez. Han padecido desde entonces el descenso de las instituciones docentes, sobre todo de la Universidad, y el descrédito que, desde los dos extremos del espectro político, se ha vertido sobre lo mejor de la cultura española de este siglo. Han sido extraordinariamente manipulados por los «definidores» de la juventud, que se han apresurado durante años a decretar cómo son (y sobre todo cómo deben ser) los jóvenes, en vez de dejar que se manifiesten y expliquen por sí mismos. Se los ha «disuadido» de leer gran parte de lo mejor y más original que en España se ha producido, con lo cual se ha reducido mucho horizonte.

Lo más importante, sobre todo, es que *han ido dejando de ser jóvenes*, porque se han sucedido varias generaciones en ese periodo; y no siempre han conseguido su instalación en formas vitales adecuadas, precisamente en una época en que lo más interesante de la juventud -la apertura, la sensibilidad para los problemas, la actitud creadora- no tiene porque desaparecer con el paso de los años.

Los jóvenes de hoy, de este decenio, han tenido mayor libertad y disponibilidad que los anteriores; pero temo que se les haya insuflado cierta dosis de desaliento que se disfraza de indiferencia. En gran parte, tienen una idea negativa de España, una desconfianza en su realidad, su historia, en sus posibilidades futuras. Creo que esto, en todas sus partes, es el máximo error, y el más esterilizador.

El porvenir de la cultura española depende principalmente de que tomemos posesión de ella. El hecho de que la historia de España, próxima y remota, sea desconocida y por añadidura desfigurada, impide crear desde el nivel a que realmente nos encontramos, nos induce a empezar en cero, y esto quiere decir a renunciar a las inmensas posibilidades de que podríamos partir. La «descapitalización» cultural, por otra parte, es inmensa: son contadas las personas que -en cada caso según sus posibilidades- tienen una idea adecuada de lo que se ha creado en España, es decir, de la riqueza de la cual pueden *partir* para seguir adelante, de lo que constituye su patrimonio.

Esto es especialmente importante si nos referimos al presente -al presente *histórico* que es nuestro tiempo, desde el 98 hasta hoy-. Una inmensa porción de cultura es plenamente actual, se refiere a los problemas de hoy, está viva, y

constituye algo de lo más valioso de toda la cultura occidental de nuestro tiempo. Esto, que empieza a reconocerse en otros países de Europa y en los Estados Unidos -puedo probarlo documentalmente- se intenta olvidar o negar entre nosotros. ¿Cuántos españoles tienen la más remota idea de los libros españoles traducidos a otras lenguas, de los estudios sobre autores españoles hechos en diversos países? Hay una constante quejumbre de que «no nos hacen caso» -y en cierta medida es verdad-, pero cuando nos hacen caso no nos enteramos, y si nos enteramos hacemos lo posible por ocultarlo.

El horizonte de la cultura española está abierto: espero que se despeje la neblina de la politización; que remitan las tendencias de involución; que el narcisismo de las partes no lleve a olvidar el todo; que cada generación posea, utilice, asimile a las demás, enriqueciéndose con ellas. Espero que se deje de hablar tanto de cultura, y se dedique el tiempo y el esfuerzo a crearla. Personalmente, en este decenio he escrito y publicado doce libros. Con toda modestia, me permiten tener alguna tranquilidad de conciencia: he hecho lo que he podido.

J.M.\*

\* Miembro de la Real Academia Española.